

APUNTES DE VIAJE

LOS ADORADORES DE PLUTO

GÉNOVA tiene para los españoles recuerdos indelebles. Nació en ella Cristóbal Colón, que fué el primer español del siglo XVI. Rechazado del suelo donde sin querer vino al mundo, anduvo de pueblo en pueblo, de corte en corte, buscando una nueva patria a quien regalar un nuevo mundo, y sólo la encontró en el pueblo del fraile Marchena, en la corte de Isabel la Católica. El celo por el bien de las almas le movía, y era natural que fuese al fin acogido en la nación más cristiana.

Los genoveses no comprendieron el negocio que les propuso su paisano con el descubrimiento de América, y es extraño, porque si alguna gente ha nacido para negociar, es la de Génova. Rival perpetuo de Venecia y de Pisa, les disputó siempre el imperio del Mediterráneo y del mar Negro, y cuando ganó la batalla de Maloria, lo primero que se le ocurrió fué destruir e inutilizar el puerto de esta última ciudad.

Pero así que vieron los genoveses el gran servicio que Cristóbal Colón prestó a su nueva patria, y los raudales de oro y plata que venían del mundo conquistado por los españoles, echáronse sobre ellos como vampiros para chuparles hasta la última gota de sangre; y desde entonces el nombre de genovés en España, vino a sustituir al de judío.

Fueron los genoveses entre nosotros, durante la dominación de la casa de Austria, lo que hoy entendemos por hombres de negocios. Ellos, agarrados, especuladores y, por lo general, de ancha conciencia, tenían que habérselas con hidalgos manirroto, con descubridores tan

pobres como audaces; con gente, en fin, tan fastuosa como valiente, en cuyas especulaciones, lo primero que ponían era la vida, y lo último que sacrificaban el pundonor.

Halló, pues, Génova en España las Indias soñadas por Colón, y se enriqueció con nuestras glorias.

El genovés ha cambiado desde los tiempos en que escribía Quevedo:

Yo la quiero como debo,
Y un genoves como paga.

Mas no ha mudado de condición: es siempre el mismo, va derecho a su negocio, y no tiene entrañas cuando le estorban para hacer dinero. Donde el genovés no saque un real, de seguro que no hay un ochavo.

La codicia no es en Génova un vicio; puede que no llegue a ser siquiera una pasión; pero es un hábito, una segunda naturaleza, que a veces toma las apariencias hasta de virtud. Este hábito no es propio y exclusivo de la gente comerciante, sino, generalmente hablando, de todas las clases de la sociedad.

Un amigo mío buscaba casa para establecerse en la ciudad, y se brindó a prestarle este servicio un genovés a quien estaba muy recomendado y le trataba con intimidad. Era éste, no hay que decirlo, persona decente y de cierto viso en aquella capital; le indicó un cuarto, y el genovés le pidió y le llevó sencillamente un tanto por ciento de comisión. Mi amigo, entretanto, anduvo viendo cuartos desalquilados: parecióle bien uno de ellos, y le preguntó al dueño cuánto valía. Este, que era un judío de religión (porque de costumbres en Génova lo son casi todos), le contestó:

— No, señor, no le digo a usted el precio.

— ¿Por qué?

— No tengo valor para ello.

— Es decir, que usted mismo reconoce y confiesa que es exorbitante.

— ¿Qué quiere usted? Se va usted a aturdir; pero no tengo valor para pedir menos de dos mil francos. Mi arquitecto le dirá a usted que vale mil y quinientos; pero a mí me faltan las fuerzas para pedir menos de dos mil.

Este diálogo es textual. La habitación no valía siquiera mil doscientas.

Otro rasgo del mismo género. Un español establecido allí cuando yo pasé por aquella ciudad, quería mudarse de casa, y aunque tenía el contrato por dos años, había buscado un inquilino del país que ofrecía al casero más garantías de estabilidad que el español. El subarriendo parecía fácil, y era, bajo todos conceptos, ventajoso para el propietario. Pero éste, que es uno de los nobles del país, y lleva un apellido de Dux, conociendo la necesidad que el español tenía de mudarse de casa, trató de sacar partido para sus intereses y le pidió cuatrocientos francos por el traspaso.

El español le dijo:

— En mi tierra no son desconocidos estos negocios; se trata allí, como en todas partes, de sacar todo el producto posible de las fincas; pero allí al menos hay cierto pudor, y se busca cualquier pretexto para el negocio; y usted no me expone razón ni motivo alguno para pedirme ese dinero.

— ¿Qué quiere usted?, le contestó el noble de antigua raza; ¿un pretexto? Pues bien; me gusta usted mucho, y estimo en cuatrocientos francos el sentimiento que tengo de desprenderme de un vecino tan bueno y amable como usted.

Trata cualquiera de casarse con una genovesa; si en el noviajo interviene una tercera persona, ésta reclamará siempre el tanto por ciento de la comisión.

Un quídam, un calavera, extranjero por más señas, obsequiaba a una señorita de buena familia, y aunque casado, se daba allí por soltero. El padre de la dama llegó a oler lo del casamiento, y abordó la cuestión con el pretendiente.

— ¡Ah!, le contestó éste, los que han ido a usted con ese cuento, han oído campanas y no saben dónde. La mujer a quien se refieren, no es mi esposa: la di palabra de casamiento, pero no he pensado nunca en cumplirla.

— ¡Oh!, bueno, repuso el padre; y se quedó completamente satisfecho.

El pretendiente de su hija podía legalmente aspirar a su mano; ¿qué más correspondía hacer a su futuro suegro por la felicidad doméstica?

Son los genoveses muy aficionados a vivir en el campo los veranos; las líneas de los ferrocarriles están materialmente festoneadas de quintas y villas encantadoras, pero aunque sean verdaderos palacios,

el que a ellos se dirige, generalmente va en coches de segunda clase. Quien se descuida de tomar de primera, es criticado en Genova por vano y ridículo.

Pero en la haturaleza humana no se conocen esos tipos absolutos y perfectos, que suelen pintar los poetas: hay en todos los caracteres verdaderos algo complejo, y a veces inexplicable, que está en aparente contradicción consigo mismo. ¿Quién había de sospechar que esos nobles genoveses de comisiones, del tanto por ciento, y de coches de segunda, esa gente que considera como vanidad ridícula la comodidad excesiva, había de tener palacios reales para vivir en una población en que las habitaciones son carísimas, y más que para vivir, para ostentación y lujo? Nada más cierto, sin embargo, por más que nada me haya parecido tan chocante y raro.

Entremos en detalles. Este pueblo de ciento cincuenta o doscientos mil habitantes, tiene cuarenta y tres palacios principales. Cada uno de ellos es un monumento arquitectónico, y es además un museo de pinturas. La fachada no sorprende quizás, porque los ojos en Italia se acostumbran luego a lo monumental; pero si pasamos del vestibulo, ¡qué escalinatas! ¡qué mármoles tan ricos! ¡qué gallardía y grandeza en el trazado y los adornos! ¡Qué pinturas al fresco en otros alcázares, qué jardines! Subamos al piso principal y encontraremos preciosas medias naranjas, galerías y mármoles por todas partes.

Esos palacios están principalmente situados en la *Strada Nuova* y *Strada Nuovissima*; la primera de estas calles se compone casi exclusivamente de ellos. El extranjero puede entrar y recorrerlos cuando se le antoja, pidiendo permiso al portero, que le acompaña, le da un guía, esto es, un folleto elegantemente impreso, y le abre los salones, el gabinete y la biblioteca. Claro es que los genoveses tienen estos palacios por ostentación y gozan en que el público se entere y admire de sus riquezas; porque sus mismos dueños, despojándose de su investidura de Dux, esprimen el jugo a sus inquilinos como caseros, y son muy difíciles, casi inaccesibles para el trato social.

El extranjero recién llegado, que el primer día, y mediante la correspondiente propina, entra, como a mí me sucedió, en el palacio Durazzo, y sorprende en un velador el devocionario de la señora que acaba de llegar de misa, se pasará años y años sin haberse acercado al seno de la familia. Al revés que en España, donde los grandes salones no se abren más que para los convidados, y no hay nadie, por humilde

que sea, que no pueda entrar hasta el despacho de los antiguos nobles.

El tipo genovés, diseminado ya por todo el mundo con el nombre de hombre de negocios, es uno de los que más fuertemente caracterizan la sociedad moderna, en la cual, sobre todo pensamiento y afán, descuella el de hacer dinero.

Hoy el arte es oro, la literatura es oro, oro la política, la revolución y hasta la misma persecución religiosa que tiene por objeto desterrar al Soberano Autor de todo lo creado. Desde que se ha caído en la cuenta de que para hacer negocios inmorales, estorba la ley basada en el amor de Dios sobre todas las cosas y en el amor del prójimo como a nosotros mismos, la primera necesidad ha sido declarar abolida la moral cristiana, sustituyéndola con la llamada moral universal, cuyo dios es Pluto, el dinero.

Este dios tiene una religión que se llama hacer negocios, templos denominados Bolsas y Bancos, fieles, «de cuyo nombre no quiero acordarme», y hasta herejes que rompen la unidad de la ortodoxia con las sectas socialistas y comunistas.

Así como en los pasados tiempos Dios y el honor eran el fondo de la conversación general, los negocios y el dinero son las palabras que más se oyen entre la gente que pasa por las calles. Esta es una de las primeras observaciones que hace cualquier español al salir del *país más atrasado de Europa*, es decir, del pueblo que es todavía el más católico del mundo.

La religión del oro tiene su estética, que es el realismo, su ciencia, que es hacer al hombre hijo del mono, y su sociedad, que es la gente *cursi*.

Cursis son los que se baten por dar a los negros los mismos derechos y prerrogativas que a los blancos, y no se sientan a la mesa donde toman su servilleta un mulato o un cuarterón: los republicanos que se hacen servir por negros o se desviven por una corona de conde o marqués en su carruaje, por un escudo de armas siquiera; los que hacen su negocio declamando contra los antiguos nobles y antiguos ricos y afectan luego gustos, modales y aire arcaicos y aristocráticos.

Así como de la Edad Media surgieron los hidalgos y caballeros, mezcla grandiosa de idealismo y de orgullo, de religión y de pundonor, de la edad moderna brotan los ricos que especulan por céntimos con los fondos del Estado y de los menesterosos, para gastar por billetes de Banco en goces materiales; nacen las Zapaquildas, convertidas

en damas, que no pueden contener sus instintos gatunos al ver pasar un ratón por la alfombra de sus salones.

En esto me fundo para creer que el sello genovés imprime carácter a la sociedad moderna. Mezcla confusa de mezquindez y despilfarro, de palacios y de tanto por ciento, de amor al arte y de afición al interés; para los hombres de negocios la familia está en el comedor, la felicidad conyugal en las cuentas de la modista, la educación de las hijas en las *soirées* y Dios en ninguna parte.

No hay más, sino que Dios manda a cada compuesto humano, a cada cosa de alma racional un huésped muy exigente, tenaz y pegajoso, que se llama conciencia, la cual se aprovecha de todo disturbio, de todo peligro para hablar de Dios y su decálogo, aun a los modernos.

¡Bah! Pero entonces hacen éstos con Dios lo que los genoveses con Cristóbal Colón, después de haberle rechazado de su tierra le levantan una estatua.

El rico moderno funda un hospicio, levanta un altar en su aldea, dota una escuela de párvulos o un albergue de perros inválidos o de caballos enfermos..... y sigue haciendo negocios.

Los genoveses, dice un elegante escritor y observador habilísimo (1), «hoy, que gracias a la revolución han olvidado el noble ejemplo de sus antepasados, cuidándose sólo de enriquecerse, se ven reducidos a la servidumbre y la pobreza».

La pobreza y la servidumbre son el castigo providencial de todos los adoradores del moderno Plutón.

Con mucho sentido moral, la mitología antigua hizo al dios de las riquezas, rey del Averno.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA

(1) Pérez Villamil: «La peregrinación española en Italia 1877».

